

La batalla de Tumhalad



El río arrastra despojos
del otoño que agoniza,
cubre Glaurung con su sombra
campos de sangre y ceniza,
Eihel Iovin, mancillada,
Talath Dirnen, consumida,
¡ay, Tumhalad, desgarrada
por la muerte y la rapiña!
Las huestes de Nargothrond
bajo los orcos se humillan.
¡Orodreth, guía a tus hombres,
vuelve en ti, te necesitan!
Desgraciado rey perdido,
¡quién te volverá a la vida!
Cabalga Túrin, el bravo,
la esperanza resucita,
alto y terrible, sus ojos
son saetas encendidas,
pero ya bajan las aguas
del Narog en sangre tintas.
Ya todo perdido está,
mientras Gwindor agoniza,
Túrin escucha su ruego
con el alma estremecida:
- "Déjame, amigo, es inútil,
ya se me escapa la vida,
vuelve, vuelve a Nargothrond
para salvar a Finduilas".

Vientos de ira y de invierno
lo azotan por el camino,
el otoño se desgarró,
al paso del enemigo,
las Puertas de Felagund
se han quebrado y han ardido,
el aliento del dragón
el palacio ha destruido.
Túrin avanza iracundo,
cruza el puente a grandes pasos,
pero Glaurung le interpela
con crueldad y sarcasmo:

- ¡Salud, hijo de Húrin, salud, feliz encuentro!
Tú y yo solos, al fin, en medio de esta ruina.
Tú me abriste la puerta, tú me tendiste el puente;
tus proezas, tu orgullo, tu furia te han cegado.

